



Gonzalo Sobejano

Bernardinas» en textos literarios del Siglo de Oro

University of Columbia

«Bernardinas son unas razones que ni atan, ni desatan, y no significando nada, pretende el que las dize, con su dissimulación, engañar a los que le están oyendo. Pienso tuvo su origen en algún mentecapto llamado Bernardino, que razonando dezía muchas cosas sin que una se atase con otra». Así definía Covarrubias (Tesoro, 1611) el concepto de bernardina y trataba de explicarse la procedencia de esta voz.

En lo esencial la definición de Covarrubias resulta válida. Bernardinas son unas expresiones incoherentes que, significando algo absurdo, sirven a quien las dice para engañar a quien las escucha. Admitida la definición, hay que reconocer que la etimología apuntada se basa en una suposición plausible. Corominas (DCELC, s. v. bernardina) considera esta voz «de origen incierto, probablemente derivada del nombre propio Bernardo», luego de definir el concepto como «disparate, frase o palabra sin sentido». Es inseguro si el término procede de Bernardino, como pensaba Covarrubias; de Bernart, nombre del asno en la epopeya animal francesa, o de monje bernardo, según la alternativa expuesta por L. Spitzer; de Bernardo del Carpio, conforme al diccionario académico en algunas ediciones; de Bernardo a secas; o del francés dialectal berlandiner, berlandeur,

berlander en relación con breelan 'casa de juego'. Corominas, que registra todas estas posibilidades, no se resuelve por ninguna en particular. Sí parece reaccionar contra la etimología académica Bernardo del Carpio y, a tal propósito, dice que «para averiguar lo que haya de cierto en esta idea haría falta un estudio monográfico de historia literaria, que está por realizar»¹.

El propósito de estas páginas no es fijar la etimología de bernardina ni acometer ese estudio monográfico de historia literaria. Es un propósito mucho más limitado, pero que quizá pudiera resultar de cierta utilidad como un paso en la dirección hacia dicho estudio. Se trata, nada más, en la presente nota, de esclarecer las formas y funciones principales de la bernardina tal como este fenómeno expresivo aparece en textos literarios del Siglo de Oro.

Si se ha empezado por recordar las hipótesis existentes acerca de la etimología es porque, sea cualquiera su legitimidad, contribuyen a hacerse cargo de lo que se ha creído ver en las bernardinas: mentecatez (Bernardino), asnería (Bernart), ¿candidez? (monje bernardo), jactancia (Bernardo del Carpio), estupidez (portugués bernardo 'estúpido'), trampa y pierdetiempo (breelan). Recordado esto, será bien hacer nuevas precisiones sobre el uso de la palabra bernardina para pasar a discernir las formas y funciones del fenómeno mismo.

Lo más común es que la palabra en cuestión figure en plural regida por el verbo «echar»: echar bernardinas (construcción idéntica a «echar pullas», «echar piropos»). Si el plural indica acción iterativa, el verbo regente denota transitividad, proyección, jactancia. A veces, en lugar de «echar», encontramos hablar, decir, vender... bernardinas. De la boca del que las dice, salen bernardinas. El que las escucha sin malicia, las traga.

Como es sabido, la palabra aparece en los más antiguos textos conocidos escrita berlandinas (dos casos en B. de Villalba, sendos casos en el «Romancero General», Rey de Artieda y Carlos García) o bernaldinas (Juan de la Cueva). En una loa de Agustín de Rojas (1603) se lee ya bernardinas, forma que se estabiliza. Pero Cervantes dice en el borrador de Rinconete y Cortadillo: «disparates y bernardinas, que llaman», y en el texto definitivo: «disparates, al modo de lo que llaman bernardinas»; y esta aclaración («que llaman», «lo que llaman») induce a pensar que a principios del siglo XVII el vocablo no era familiar, bien por las vacilaciones de su forma o por su uso no bastante extendido aún. Como quiera que sea, suele suceder que en los textos donde el vocablo surge, o donde el empleo del recurso es evidente, comparezcan alrededor expresiones similares: frases como «volver repiquetes», «hacer señuelos», «decir disparates», «meter trampantojos», «ensartar chanzas», «decir chilindrinas», «echar chiculíos», «pedir imposibles», «echar pullas», «dar con la entretenida», «pegar con la entretenida»; y sustantivos de significación sinónima o colindante, como los contenidos en las anteriores frases y estos otros: «burlas», «chanzonetas», «remoquetes», «arrogancias», «bravatas», «tolondrones», «necedades», «términos exquisitos», «chilindronas», «tropelías», «dislates», «bachillerías», «enredos», «disparatones», «engaños», «desatinos», «suspensión», «embeleco», «mentiras», «delirio».

No cabe deslindar aquí el margen de diferencia semántica de cada una de

tales expresiones, pero convendrá reparar en tres de ellas por ser, a nuestro juicio, las que más derechamente conducen a precisar la índole de las bernardinas y las que con mayor frecuencia se dan en su contexto: decir disparates, echar pullas y dar con la entretenida.

Disparate es, según Covarrubias, «cosa despropositada, la qual no se hizo o dixo con el modo devido y con cierto fin, y assi disparar es hazer una salida sin intento». Pulla, según el mismo lexicógrafo, es «un dicho gracioso, aunque algo obsceno, de que comúnmente usan los caminantes quando topan a los villanos que están labrando los campos». En cuanto a dar con la entretenida (o pegar con la entretenida), no hemos visto explicada esta locución, pero su sentido parece obvio: 'engañar entreteniendo', 'hacer pasar con engaño un intervalo'.

Pues bien, de todos los ejemplos de bernardina que conocemos (las referencias precisas van en una lista final) se desprende: primero, que la bernardina es, sí, un disparate, pero dicho -nunca hecho- con cierto intento, el cual no es otro sino engañar la atención del oyente; segundo, que para que haya bernardina no es necesario que el dicho sea obsceno, ni que vaya dirigido por un caminante a un villano, si bien esta última circunstancia se da a veces; y finalmente, que el resultado inmediato de echar bernardinas es siempre pegarle a uno con la entretenida, engañarle para que entretanto pase un intervalo conveniente a algún fin.

El disparate, tan cultivado desde Juan del Encina en adelante, según documentó Marcel Gauthier (1902, 1915) y han seguido documentando M. Chevalier y R. Jammes (1962)², es el despropósito garrafal, y nunca es de léxico (como lo es la bernardina muy a menudo), sino siempre de significado. La bernardina es posterior al disparate y revela influencia de éste, pero no es el despropósito por sí mismo, sino el despropósito para engañar³. Por su parte, la pulla tiene una intención punzante, burlescamente ofensiva, de que la bernardina carece por lo general. El que echa pullas, más que engañar quiere humillar, avergonzar, vejar⁴. Son pues bernardinas -repetimos- ciertos dichos incoherentes, de significación absurda, destinados a engañar al oyente para, en el ínterin, conseguir algo. Decisivo en la bernardina es justamente el ínterin, el entretanto, la entretenida, el entretenimiento.

Dicen bernardinas los ladrones para dejar suspensos a aquellos a quienes van a despojar; las dicen pícaros y pícaras para robar y seducir; dícenlas los enamorados para deslumbrar a la mujer o llegar hasta ella sorteando obstáculos y divirtiendo vigilancias, y los criados de los galanes para ayudar a éstos en sus aventuras. Pero no es la codicia el único móvil de estas orales ingeniosidades: con frecuencia lo es también la vanidad. Porque bernardinas dicen asimismo los fanfarrones, los charlatanes⁵, y las dicen los pedantes de toda clase: médicos, alquimistas, letrados, estudiantes, poetas cultos y hasta predicadores. En suma, dicen bernardinas todos cuantos, reduciendo el valor comunicativo del lenguaje a un llamamiento confuso, convierten el tiempo del que escucha en un éxtasis. Quien echa bernardinas ha de lograr que el interpelado, no entendiéndole, ansíe entenderle. Si el ansia de entender tropezase al instante con el disparate crudo, cesaría, y el sujeto recobraría conciencia del tiempo y se percataría de las pretensiones del burlador. El procedimiento adecuado, por tanto, no puede ser el disparate crudo, sino

el casi disparate. Mientras crea la persona que late algún sentido en el fondo de lo que va escuchando, seguirá atendiendo, y con tanto más afán, con mayor embeleso, cuanto más razonables parezcan los dislates: por la disposición de lo enunciado, por el gesto, la voz, el prestigio de quien habla, o por otra causa.

Mirando a la conformación del dislate, podemos reconocer dos tipos fundamentales de bernardina: la bernardina verbal o de vocablos y la bernardina conceptual o de razones. La primera confunde al oyente con palabras que no existen dentro del idioma o que son oscuras, y aun ininteligibles, para él. La bernardina conceptual suspende al oyente con razones que, carentes de sentido, no violan sin embargo la materia misma de la lengua.

En la ya aludida loa de Agustín de Rojas este escritor va agrupando sucesivamente voces especiales de los arquitectos, los astrólogos, las hechiceras, los soldados y franceses, los del trato de germanía y, al llegar aquí, prosigue:

«Contumelia y puspusura,
argonauta y cicatriza,
regomello y dinguindaina,
cazpotea y sinfonía.
Magalania y cinfuntunia,
zogomella y ciparisa,
esta lengua entiende Ríos
y otros que echan bernardinas».

Ríos es Nicolás de los Ríos, «autor» de la compañía de Rojas e interlocutor suyo en *El viaje entretenido*. Rojas, al mismo tiempo que ofrece un muestrario de vocablos bernardínicos, revela la complacencia de aquel comediante (Ríos) y de otros en el empleo de semejantes fórmulas verbales. Como se ve, la bernardina verbal admite palabras imaginarias (puspusura, cazpotea) y palabras reales pero cultas, oscuras y largas {contumelia, argonauta}. Todas largas: cuatrísílabas.

Pudiéramos afirmar que la bernardina verbal o es jitanjáfora pura o es cultiparla.

Alfonso Reyes, en su estudio sobre *Las jitanjáforas*⁶, no menciona las bernardinas y cuando alude a ellas lo hace de una manera insuficiente. Hablando, en efecto, de la jitanjáfora del letrado, defínela como «un dislate culto, respetuoso de la gramática y sólo absurdo en cuanto a los anacronismos y a las relaciones intelectuales inverosímiles» (pág. 210), y recuerda luego haber escuchado en Monterrey «los discursos incongruentes del actor español Pajujo, en que ningún concepto parecía casar con el siguiente, género de abolengo y del que todos los eruditos conocen muestras» (p. 211). Pensamos que esto último haga referencia a las bernardinas que hemos llamado conceptuales. Pues bien, la alusión es insuficiente: primero, porque Reyes olvidaba las bernardinas verbales

(jitanjáforas puras: inventivas, acústicas) y luego porque, refiriéndose a las bernardinas conceptuales (jitanjáforas que él llama «de letrado»), parece dar a entender que sólo conocen muestras de ellas los eruditos. Pero quien haya leído Rinconete y Cortadillo, lectura para la que ninguna erudición se requiere, conoce en qué consiste la bernardina conceptual, y esto sin que Cervantes haga hablar a Cortadillo en trance de entretener al sacristán para sustraerle el pañuelo, sino sólo esbozando en pocas palabras cómo lo hizo:

«...le llamó y le retiró a una parte, y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces. Estábale mirando Cortado a la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos; el sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera...»⁷

Otro ejemplo accesible a cualquier lector no erudito es el juramento de Loaysa ante el mujerío encerrado en la casa de El celoso extremeño: «juramento en bernardina», como observa bien Joaquín Casaldueño⁸. No nos desviemos. Hay, hemos dicho, en las bernardinas verbales, o invención de palabras quiméricas o aplicación de palabras reales pero extrañas. Ambos procedimientos emplea, por ejemplo, el capigorrón Tácito en la comedia de Cervantes El Laberinto de Amor cuando echa bernardinas al Duque Anastasio y su criado, tomándoles por labradores (aquí la situación es de pulla, pero Cervantes habla expresamente, y con razón, de bernardinas). Tácito, a la vez que desatina en la ideación, inventa palabras y prodiga cultismos:

«Díganos, gentilhombre,
así la diosa de la verecundia
reciproque su nombre,
y el blanco pecho de tremante enjundia
soborne en confomino:
¿adonde va, si sabe, este camino?»

Y después intercala más vocablos imaginarios, como marcucios y tronto. Un ejemplo tan escueto como sorprendente de bernardina verbal invencionera es el referido por Juan de Arguijo:

«Plata, fraile francisco, predicando y oyéndolo el maestro Ávila,
trinitario, que en sus sermones decía muchas veces palabras hebreas,

dijo en declaración de un lugar de escritura: -En el original dice el hebreo hameltafar. ¿Qué creen, que fue palabra hebrea esta que dije? Pues no fue sino bernardina. Traguen una de cuantas nos hacen tragar cada día».

Y los entremeses ofrecen cantidad de casos. Recordemos sólo El Doctor y el Enfermo, de Quiñones de Benavente, donde Crispín, enfermo fingido, injiere voces cultas de la jerga médica pero también otras inventadas por él: gurguces, teglerijos, espicinios. Mezcla parecida de cultiparla y jitanjáfora léxica hay en este pasaje dialogado entre Pilonga y el Alcalde en El retablo de las maravillas del mismo Quiñones:

«PILONGA. Conglutine, halague, anhele,
circunloquie el reverendo,
raso, recio, romo, rucio
alcalde de aqueste pueblo.

ALCALDE. Señores, ¡qué retahíla!
obra cortada tenemos.
Dios guarde, albergue, alfeñique,
alferne, archive el aspecto
laso, leso, liso y lucio
del maquiracuso dueño».

Cultismos (conglutine), vocablos improvisamente acuñados (maquiracuso) y juegos fónicos que aproximan palabras de significaciones distantes (laso, leso, liso, lucio) producen una sensación conjunta de vértigo verbal. Las bernardinas de vocablos cultos son muy corrientes: al engaño que, en una situación dada dentro de una obra, se persigue con ellas, añádese casi siempre la intención de satirizar el lenguaje especial de la ciencia o de la poesía. En El acero de Madrid Lisardo, disfrazado de pasante de médico, toma el pulso a Belisa, que se finge opilada, y dice:

«Algo está febricitante,
intercadente y dudoso.
(Aparte.)
¿Hay tan grande atrevimiento
como decir bernardinas?»

En La Garduña de Sevilla figura un romance contra los alquimistas mentecatos, donde se reputan por bernardinas los vocablos usuales en boca de ellos: denso, raro, letargirios, salcatinos, coágulo, vitro y muchos más. Y el propio Castillo Solórzano, en el entremés La prueba de los doctores, bernardiniza en contra de los médicos por este estilo:

«RIBETE. ¿Reconcéntrase en las renes
esa intención dolencial?

GINÉS. Y tan pulmónicamente
que es ya mi riñonida:
tanto me aprieta y ofende».

Luis Quiñones de Benavente ridiculiza con este recurso la jerga medicinal en el entremés de El Doctor y el Enfermo y la jerga poética culterana en el de Casquillos y la Volandera, como hace también Castillo Solórzano en El Comisario de Figuras. En general, toda parodia del culteranismo es una bernardina. No hay por qué detenerse en esta faceta tan conocida. Bastará evocar que Estebanillo González ganó un premio en cierta aldea vecina a Zaragoza con un soneto que él mismo llamaba «compendioso globo de bernardinas y dislates»:

«Ebúrnea de candor, fénix pomposa,
débil botón, frondoso brujulea,
zafir mendiga, armiño golosea,
siendo dosel tribuna vaporosa...»

La bernardina conceptual es más sutil que la antexpuesta, pues conviene insistir en que lo que singulariza a la bernardina frente a otros disparates es el no ser totalmente disparate, sino casi. Este «casi» queda también a salvo en el tipo de bernardinas que acabamos de ver, por el hecho de que a vocablos inexistentes se mezclen otros dificultosos pero existentes, o bien sólo aparezcan estos últimos y todo consista en dificultad y no en absurdidad. Pero la bernardina verbal es siempre más tosca, su engañosidad salta pronto al oído. En cambio, las bernardinas conceptuales pueden confundir y suspender al oyente con mayor facilidad y eficacia. En ellas el toque está en que el significado -de suyo incongruente- guarde apariencias de sentido e incluso venga expresado como algo lógico y cabal: la sinrazón cargada de razón. La sinrazón de la razón.

Ya en un texto temprano, El Infamador, de Juan de la Cueva, se advierte

este juego de absurdidad y lógica. Para que acceda a los deseos del infamador Leucino, visitan a Eliodora los alcahuetes Porcero, Teodora y Terecina y la diosa Venus, que ha tomado la figura de Felicina, criada de la dama. Ésta expulsa al fin de su casa a los visitantes. Terminada la entrevista, llama a Felicina, que había estado durmiendo mientras Venus la suplantaba, y la acusa de traidora:

«ELIODORA. Di, falsa, si tú me amabas,
¿cómo agora el ruego fiero
de las viejas y Porcero
seguiste y me aconsejabas?

FELICINA. De eso todo estó inocente.
¿No me hallaste en la cama?

ELIODORA. ¡Después de urdida la trama
se quiere hacer que no siente!
¿No estuviste agora aquí
con las dos viejas Claudinas?

FELICINA. Señora, ¿echas bernaldinas?
¿Qué dices? ¿Estás en ti?
Yo, desde que me acosté
hasta agora, he estado envuelta
en las sábanas, que suelta
del sueño jamás quedé».

Eliodora habla llena de lógica, pero Felicina no puede entender todo eso de Porcero y las viejas Claudinas. Cierto que Eliodora no lleva la intención de engañar a su criada, pero ésta llega a pensar si su señora está tratando de embromarla con razonamientos desatinados, y es este efecto lo que importa.

El ejemplo arquetípico de la bernardina (el ya reproducido de Rinconete y Cortadillo) brinda inmejorables indicios para comprender el fenómeno: la razón anunciada no concluye, el escuchar produce embeleso, hay un no acabar de entender lo que se oye, el que escucha pide que se le repita lo que no acierta a descifrar, el burlador mira fijamente al burlado y éste a aquél, uno cuelga de otro, el tiempo está en suspenso. Según Salas Barbadillo (La hija de Celestina) bernardina que salía de la boca de Elena «se llevaba los oídos de los que la escuchaban, sin poderse defender los

más severos y rigurosos ánimos». Dejando a un lado otros casos, merece especial encarecimiento la habilidad de Quiñones de Benavente para provocar la confusa suspensión mediante bernardinas: En El Doctor y el Enfermo Crispín, a cada despropósito que enuncia y en vista de que el Doctor (¡claro está!) no le comprende, dice: «Atienda un poco». En el entremés de Pipote en nombre de Juan Rana, Cosme entretiene al letrado Pipote con prolijas sinrazones y, comprobando satisfecho que Pipote no entiende porque el asunto «es algo largo» (¡largo e insensato!) va intensificando la curiosidad de su irritado oyente con señales de expectación que adoptan cinco veces la misma fórmula: «Ahí está el punto». En el entremés de La Constreñida, Pedro, para robarle al médico la mula, fíngese enfermo y endereza al doctor las más enmarañadas pataratas:

«Mucha atención, señor dotor, conviene.
Habrà dos años que en Navalcarnero,
lugar de lindos nabos, el herrero
se casó con Aldonza de Torralba
en tiempo del insigne perro de Alba.
Este herrero hallándose tullido,
se fue a vivir a Cuenca, donde tuvo
alferecía el tiempo que allí estuvo,
hasta que un mercader, de pesadumbre
de que en Trujillo hubiese huevos frescos,
un domingo, y fue fiesta, los gregüescos
se puso de su abuelo, que los trujo
cierto padastro, que se halló en Triana
la tarde misma que murió la hermana
del tío de la mía...» etc., etc.

El médico, abrumado por la irrestañable locuacidad del falso paciente, hace preguntas o se queja de que nadie aquellos informes entender pueda. Y a compás de estos momentos de perplejidad del doctor, Pedro va puntuando sus informaciones con una frase que pronuncia seis veces: «Oiga y verá lo que el demonio enreda» (o bien: «Esto es, señor, lo que el demonio enreda»).

La bernardina conceptual, aunque siempre más refinada que la otra, puede ser, como burla, más patente o menos. Así como en la bernardina verbal el inventor de vocablos evidencia su voluntad de engaño antes y más rudamente que el decidor de palabras pedantes o cultas, así en la conceptual engaña mejor aquel que da fachada lógica al contenido absurdo. Cuando cierta gente llega a una venta y pide a la ventera los átomos del sol, el ave fénix y la leche de todas las cabrillas (Entremés de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha) la mujer, no obstante su simpleza, se percata en seguida de lo que ocurre:

«Estanme echando todos bernardinas,

pidiéndome imposibles por momentos».

Y el ventero comenta:

«¿No veis, mujer, que aqueso es regodeo,
y siempre se acostumbra por las ventas
echar pullas a todos?»

Esta bernardina-pulla es de lo más elemental. El extremo opuesto es la bernardina que tiene lugar cuando, deslizándose el raciocinio en un plano de normalidad aparentemente irreprochable, descúbrese al fin que el coloquio entre el burlador y el burlado era sólo un ardid del primero para abusar del segundo. Ejemplo perfecto de esta bernardina lógica, racionalista, aquí calificable de escolástica, es el siguiente diálogo entre Marcelo y Roselino en La sabia Flora Malsabidilla:

«MARCELO.- ¡Oh, codicioso, codicioso! ¡Con qué facilidad que ha dejado enfrenarse! Con esta suspensión pienso detenerle aquí todo el tiempo que necesitare de su compañía. Sabed, señor mío, que primero he menester hablar con un ministro grave que me desengañe; porque como todo este mundo es interés, y cada uno mira a sus particulares fines, podría ser que en esta parte el que me informó viniese con cautela, y sólo quisiese empeñarme en alguna cosa que a mí me sirviese de cebo para hacer él con esto de camino otro negocio que le estuviese bien.

ROSELINO.- ¡Válame Dios! ¿Qué?, ¿vos sois tan lerdo que de sus razones poco más o menos no conocistes si os pudo engañar o no?

MARCELO.- No, amigo; porque así actualmente les está sucediendo a muchos; basta que he quedado con esta sospecha para no arriscarme de golpe a la empresa sin que procedan primero las diligencias propuestas; porque, sabed, que no hay cosa más fácil que engañar a un hombre, y más si es codicioso de hacienda o presumido de entendimiento.

ROSELINO.- ¿Fácil cosa es engañar a un hombre? ¡Vive Dios, que no me engañen a mí los más sutiles espíritus infernales, porque luego examino yo con la razón el negocio, el principio, sus medios y sus fines, y con esto llego fácilmente a la conclusión!

MARCELO.- Pues advertid, señor, que sois un buen hombre; después de haber examinado vos el negocio, el principio, sus medios y sus fines, os engañan en el negocio, en el principio, en los medios y en los fines.

ROSELINO.- ¿Cómo?, ¿qué decís? ¿A mí me pueden engañar en el

negocio, en el principio, en los medios y en los fines? Eso será en negocio que no tendrá principio, medios y fines.

MARCELO.- Será ello de la manera que vos lo quisiéredes entender; pero yo, tan lerdo como soy, me atrevo a teneros muchas horas engañado en el principio de un negocio, aun antes de llegar a los medios y a los fines.

ROSELINO.- Bueno, bueno; esa novedad traéis agora de Extremadura para los que somos tan antiguos cortesanos; sabed que sé yo hacer muy bien mi negocio.

MARCELO.- Callad, que quizá cuando pensáis que hacéis el vuestro, hacéis el ajeno; y si no, vedlo por la experiencia, pues aquí no ha habido más negocio que teneros yo entretenido hasta que llegase esta silla por no quedarme en soledad amena. Mas esperad, que por Dios que no llega sola; hablando viene con ella un hombre...», etc.

No siendo ya posible detenernos en otros aspectos, terminaremos señalando que las bernardinas -más abundantes en novelas picarescas, comedias de enredo y entremeses que en otras obras literarias- cumplen, dentro de la fábula en que participan, dos funciones principalmente: distraer la atención de una persona para, engañada, robarle; o dejarla admirada, haciéndole creer que hay algo donde nada hay. La codicia determina la función económica de la bernardina; la vanidad, su función ética. Pero ambas funciones están naturalmente supeditadas a provocar en el lector o espectador un efecto de deleite estético, de avivamiento de su sensibilidad lingüística. El disparate en el sentido explicado más arriba no tiene la gracia idiomática, y de consiguiente estética, que posee la bernardina. Ésta responde al gusto, general en la época llamada barroca, por todo lo que sea dificultad brillante, ilusionismo y juego de ingenio albergado en las palabras. Los disparates garrafales, en cambio, desde Juan del Encina hasta los tiempos modernos, arrastran una vida marginal respecto a los géneros de vitalidad más difundida: la novela, el teatro. En los disparates crudos no hay ese sombreado de racionalidad que hace resaltar lo irracional o lo disimula, contraste que es peculiar de la bernardina: no hay juego, no hay malabarismos de palabra, no hay mímica sugestionadora, ni engaño, ni desengaño; todo es mero despropósito. Sin embargo, aunque las bernardinas aportan primores de gracia a no pocas obras literarias de aquella época áurea, no hemos de cerrar estas líneas sin recordar un texto de Cristóbal Suárez de Figueroa que nos hace ver cómo la separación que se percibe en muchos casos de uso de la bernardina -separación entre el dueño de la alhaja y el ladrón, entre el culto y el ignorante, el estudiante y el labrador, etcétera- mantenía abierta, en este plano del lenguaje (siempre revelador de la realidad, por leves e insignificantes que parezcan sus manifestaciones) la distancia social entre unos hombres y otros. En el «alivio V» de El Pasajero habla el Doctor (Suárez de Figueroa) acerca de los billetes amorosos y refiere cómo «un personaje más que señoría» le buscó a él para que le escribiese uno a cierta dama, y él quiso escribirlo debidamente, juntando un dulce hablar y una lisonjera facundia, pero esto no satisfizo al empingorotado personaje:

«En suma -cuenta el DOCTOR-, no le agradó esta vereda a mi titular, dando a entender salía superflua la diligencia de buscarme, si no escogía estilo más elevado, más conciso, más estravagante. Casi me corrí de verle tan deslumbrado; y habiendo percibido ser su gusto explicar su pretensión por medios metafísicos, o, por mejor decir, bernardinas, noté un papel del tenor siguiente:

"Mucho debo a las ideas de mi entendimiento, por haber con intervención de la fantasía acertado en los actos de la voluntad, eligiendo objeto de cuya obediencia y sujeción será imposible retroceder jamás. Mi fe será superior siempre, y aunque abatida con desconfianzas, hará para la duración atalayas y espías a los deseos, contra las asechanzas de desengaños. Será en semejante guerra general el sufrimiento, la firmeza el baluarte, y banderas las obligaciones, que tremolando al aire de mis suspiros, tendrán lugar eminente en la fortaleza del alma. Aquí servirán de capitanes las potencias, y los sentidos de soldados, contra los asaltos del tiempo, cuyos amagos saldrán vacíos de ejecución en cuanto a recelar mudanza..."

MAESTRO.- No paséis adelante os ruego, si no queréis sea la risa homicida del vivir. ¿Es posible no echase de ver ese señor ser finísimos chicolíos los que en el billete iba pintando la pluma? Riesgo corrádes notable, si, por suerte, como se suele decir, os cayera en el chiste.

DOCTOR.- Antes, al paso que entregaba al papel semejantes tolondrones, iban creciendo en su corazón tan grandes ímpetus de gozo, que le hacían descomponer, y decir, dando carcajadas de risa y juntando los hombros con las quijadas: "¡Superior, perfeto, bonísimo, a fe de caballero! Esto sí, y no lo pasado, que era todo tibieza, civilidad y grosería". ¡Oh, cuantos discípulos de discreciones hace la calamidad, y cuántos catedráticos de necesidades la riqueza! Nace este daño de tener creído casi todos los de aquella jerarquía desmerece no poco el singular por sangre y grado cuando se explica con lenguaje común, propio de la plebe. Quisieran, según esto, hallar términos exquisitos para nombrar escuramente las cosas más claras, por ser únicos en todo, y hasta en aquello no conformarse con el despreciado vulgo». (El subrayado es nuestro).

Modernamente la palabra bernardina es insólita⁹. Pero la realidad que aquí hemos denominado bernardina conceptual está, salvo la gracia, a la orden del día. Muchos la llaman camelo.

Referencias

Van a continuación, por orden alfabético de autores, referencias exactas a aquellos textos literarios de interés para ejemplificar las bernardinas. Ya se comprenderá que no es posible ser completo. Agradezco a la Sra. Hannah Bergman (Hunter College, New York) las amables indicaciones que me hizo sobre los entremeses de Luis Quiñones de Benavente.

Anónimo: Entremés de los Habladores. E. Cotarelo y Mori: Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas, Madrid, 1911, I, núm. 9, p. 47 b.

Juan de Arguijo: Cuentos recogidos por Don... A. Paz y Melia: Sales españolas, Segunda Serie, Madrid, 1902, p. 57.

¿Francisco de Ávila?: Entremés famoso de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha. Cotarelo, I, núm. 52, p. 198 a.

Alonso de Castillo Solórzano: Aventuras del Bachiller Trapaza. A. Valbuena y Prat: La Novela Picaresca Española, Aguilar, Madrid, 1956, 3.^a ed., cap. XI, p. 1483 a.

—: La Garduña de Sevilla, Clás. Cast., ed. de 1922, Libro II, p. 166.

—: Las harpías en Madrid, Madrid, 1907, Colec. Selecta de Ant. Novelas Esp., p. 95-96. (Entremés del Comisario de Figuras).

—: La Niña de los Embustes. Valbuena, op. cit., cap. IV, p. 1355 a; p. 1386-87 (entremés de El barbador); p. 1401-1404 (entremés de La prueba de los doctores).

Miguel de Cervantes: El celoso extremeño. Ed. crít. de F. Rodríguez Marín: El Loaysa de «El celoso extremeño», Sevilla, 1901, p. 72-73.

—: Rinconete y Cortadillo. Ed. crít. de F. Rodríguez Marín, Sevilla, 1905, p. 264-266.

—: El laberinto de Amor, Jorn. I. En Obras Completas, ed. A. Valbuena y Prat; Aguilar, Madrid, 1962, 12.^a ed., p. 417.

Juan de la Cueva: El Infamador, Clás. Cast., versos 329-344.

Estebanillo González: Vida y hechos de..., Clás. Cast., Madrid, 1956, I, p. 231; II, p. 206-208.

Carlos García: La desordenada codicia de los bienes ajenos. Valbuena, La Nov. Picaresca, ed. cit., cap. VIII, p. 1180 a; cap. IX, p. 1185 b.

Baltasar Gracián: El Criticón. Ed. A. del Hoyo, Aguilar, Madrid, 1960, 2.^a ed., III, V, p. 894 a.

Antonio Hurtado de Mendoza: Segunda Parte del Entremés de Miser Palomo y Médico de Espíritu. Cotarelo, I, núm. 83, p. 327 b.

Tirso de Molina: Cigarrales de Toledo. Ed. V. Said Armesto, «Renacimiento», Madrid, 1913, Cigarral V, p. 356.

Francisco de Quevedo: Comento contra setenta y tres estancias. Obras Completas, ed. F. Buendía, Aguilar, Madrid, 1961, 5.^a ed., I, p. 362.

Luis Quiñones de Benavente: Los Planetas. Cotarelo, II, núm. 243, p. 562 b. - El retablo de las maravillas, *Ibíd.*, núm. 247, p. 571. - El doctor y el enfermo, *Ibíd.*, núm. 260, p. 601 a y 602-603. - Casquillos y la Volandera, *Ibíd.*, núm. 289, p. 686-687. - Pipote en nombre de Juan Rana, *Ibíd.*, núm. 300, p. 715-718. - La constreñida, *Ibíd.*, núm. 319, p. 768-769. - El burlón, *Ibíd.*, núm. 324, p. 786.

Andrés Rey de Artieda: Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro. (Citado por F. Rodríguez Marín: Un millar de voces castizas..., Madrid,

1920, s. v. berlandina).

Agustín de Rojas: Loa. Cotarelo, II, núm. 102, p. 364 a.

Romancero General: Edic. Madrid, 1604. (Cit. por F. Rodríguez Marín, Un Millar de voces, s. v. boquiblanco).

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo: La hija de Celestina. Valbuena: La Nov. Picaresca, cap. I, p. 891.

—: La sabia Flora malsabidilla. En Obras de A. J. de S. B., tomo I, p. 342-343. «Colec. de Escritores Cast.», s. l. y sin año.

Cristóbal Suárez de Figueroa: El Pasajero. Ed. F. Rodríguez Marín, «Renacimiento», Madrid, 1913, Alivio V, p. 166-168.

Lope de Vega: El anzuelo de Fenisa. Ed. F. Sainz de Robles, Aguilar, Madrid, I, 1958, 3.^a ed. de Obras escogidas, p. 908. Acto II, esc.

XVIII.

—: El acero de Madrid, Ed. cit., p. 967 a. Acto I, esc. VIII.

—: El ruiñeñor de Sevilla. Edic. de la Acad., XV, p. 76 b, acto III.

—: La Dorotea. Ed. cit. de F. Sainz de Robles: Obras escogidas, Aguilar, Madrid, 1953, 2.^a ed., tomo II, p. 1513 b. Acto IV, esc. VIII.

Bartholomé de Villalba y Estaña: El Pelegrino Curioso y Grandezas de España. Ed. P. Gayangos, Madrid, 1886, vol. I, p. 121 y p. 203.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmbese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo